



Tindaya, territorio de sueños

Carlos Novales

En los últimos tiempos asistimos a una polémica, en algunos momentos virulenta, sobre la montaña de Tindaya en la vecina isla de Fuerteventura; la discusión ha traspasado las fronteras insulares y los ecos majos del nombre de Tindaya resuenan también en la prensa nacional. No es de extrañar que, como en cualquier intercambio de ideas que hoy pueda producirse, sea más cantarina la voz de aquellos que tienen asiento cómodo en los autodenominados “medios de comunicación de masas”, terreno en el que los ecologistas mínimamente radicales nunca hemos tenido entrada fácil. En cualquier caso, pensamos que el proyecto que se discute debe interesar a la población de una isla como Lanzarote, su desarrollo y la característica de “reserva de la biosfera” deben acentuar este interés. Sin olvidar la conveniencia de participar en las decisiones que afectan al territorio de nuestra comunidad y, en mayor medida, cuando un proyecto es sufragado por el dinero público al que todos contribuimos. Como procuraremos explicar posteriormente, el que en el momento de preparar este número de la revista no se conozca el proyecto del escultor Eduardo Chillida no impide, ni mucho menos, participar en el debate.

El artista y su territorio

Los artistas han intervenido siempre en el territorio de la comunidad de diversas formas. Desde las Cuevas de Altamira hasta nuestros días los ejemplos son numerosos. A finales de los años sesenta el surgimiento del denominado Land Art comenzó a extender esas

"Los artistas han intervenido siempre en el territorio de la comunidad de diversas formas"

"Quien es seguro que ha soñado Tindaya, y durante varios cientos de años, ha sido el pueblo majorero"

intervenciones más allá de iglesias, palacios y de la propia urbe. Hemos asistido desde entonces a numerosas intervenciones de artistas en territorio abierto, con una visión desconocida hasta aquellas fechas. Por ello en este momento serán muy pocos los que puedan sorprenderse por la intención de Eduardo Chillida de transformar el interior de una montaña. Más curiosa resulta la extrañeza de algunos por la increíble pretensión de elementos, no intelectuales, de la población que habita el mismo territorio, de intervenir en la polémica.

No pretendemos en este artículo detenernos en las características artísticas del proyecto de Eduardo Chillida; por dos razones: una, por que no nos ha sido posible conocerlo; la segunda, por no ser determinante para lo que se pretende argumentar. En cualquier caso, por el mínimo boceto publicado en la prensa, no nos encontramos ante un proyecto que vaya a crear problemas por lo radicalmente novedoso de sus planteamientos, pero no sólo de novedades debe vivir el arte. Lo que si parece reflejarse en el proyecto es una extendida obsesión entre muchos artistas contemporáneos por el problema de la escala. Desde que los norteamericanos dominan el mercado del arte: caballo grande ande o no ande.

El problema de la escala suele ir ligado, normalmente, al de los recursos económicos necesarios para resolver la susodicha escala. Y en este aspecto, el exceso de mimo con que las sociedades ricas tratan a sus artistas de éxito, en los últimos tiempos, ha conseguido que éstos acaben adoptando, en algunos casos, actitudes claramente megalómanas. Por ejemplo, que un artista pueda no sentir ninguna duda ante su enorme generosidad a la hora de ceder a la colectividad una idea, en la cual dicha colectividad tiene la suerte de poder invertir grandiosas cantidades de dinero. En el caso que nos ocupa se ha hablado, seguro que sin mucha exactitud, de una cantidad que puede sobrepasar los tres mil millones de pesetas; sin empezar a discutir, ya nos hemos gastado mil millones. Es lo que se llama un buen comienzo.

No obstante, y volviendo a los artistas del Land Art de finales de los sesenta y la década de los setenta, se producía entonces una controversia que no deja de tener interés en estos momentos: intervenir, bien; pero, ¿dónde intervenir?. Para que se nos entienda: ¿creemos que un artista pueda ayudarnos a la mejora de nuestro territorio?. Es casi seguro que todos estaremos de acuerdo en contestar afirmativamente, si consideramos que el artista en cuestión, como es el caso, puede aportarnos algo significativo. Pero una vez

resuelto el primer problema, nos encontramos con el segundo: dónde puede ser más conveniente que el artista actúe, por poner un ejemplo claro y en nuestra isla, en el Parque Nacional de Timanfaya o en el volcán-basurero de Zonzamas. En este debate la mayor parte de los artistas que actuaban en el territorio pensaban que su labor estaba en participar en la regeneración de los espacios degradados por las actividades humanas. Parece difícil estar en desacuerdo; no tenemos ninguna necesidad de que nadie intervenga en un espacio como Timanfaya, mientras que Zonzamas es, y será, un problema a resolver.

Vivimos en una sociedad donde la cultura y el espectáculo están más que ligadas, al menos la cultura que al poder le gusta, ya que la otra es casi subterránea. Pero hasta ahora, las cantidades millonarias dedicadas a la cultura-espectáculo en nuestro entorno se han dedicado a la arquitectura, en cuyos interiores siempre se puede organizar alguna cosa. Lo que sí supone una auténtica novedad es destinar tres mil millones a una escultura, por mucho que piense Chillida que pueda llegar a ser su mejor escultura. Dios nos libre de poner en duda que el artista haya tenido un sueño con una montaña, como él cuenta, y que, además Tindaya pueda ser la montaña soñada. De todas formas quien es seguro que ha soñado Tindaya, y durante varios cientos de años, ha sido el pueblo mayorero.

Un territorio emblemático

El sueño de los mayoreros durante siglos ha convertido Tindaya en una montaña sagrada. Es seguro que los habitantes de Fuerteventura comprenderán el impacto que la montaña ha causado sobre Chillida, conocen perfectamente el efecto. Por ello no estamos hablando de un sitio cualquiera, sino de un lugar que la población ha convertido en emblemático, y el interés del escultor no hace más que confirmar el sueño mayorero. Por tanto, nos encontramos ante un paraje con una significación especial y unos valores culturales ancestrales. Intervenir en un lugar como éste, es, al menos, delicado. No hablamos de una montaña cualquiera, sino de la montaña de Fuerteventura por excelencia.

Pero el patrimonio cultural de Tindaya va todavía más allá de la mítica tradición a la que hacíamos referencia. El yacimiento arqueológico es un lugar sin igual para el estudio de los numerosos petroglifos podiformes que existen en su sima, prueba de ello es la protección a que se somete al lugar por la Ley del Patrimonio Histórico Español y la Ley de espacios naturales de Canarias. Además de todo ello, que ya es bastante, Tindaya está considerada

"Seguro que los habitantes de Fuerteventura comprenderán el impacto que la montaña ha causado sobre Chillida"

Punto de Interés Geológico en el inventario del Instituto Tecnológico Geológico Minero de España, que recomienda su protección. El Plan de Ordenación del Territorio de Fuerteventura la considera zona de interés botánico y ornitológico. Pensemos en lo que quedaría de todas las características mencionadas después de someter la montaña a su vaciado y a la masiva afluencia de turistas que se plantea. Creemos que lo reseñado anteriormente no configura una situación de la que únicamente pueden preocuparse un par de añorantes ecologistas, geólogos, arqueólogos, y demás románticos.

Sí como dice Eduardo Chillida: "mi propósito es justamente salvar a la montaña, salvaguardarla también del daño que le han hecho, por ejemplo, con la cantera"; le proponemos que se una a los que creemos que hay que conservarla y no vaciarla. Somos unos cuantos los que pensamos que para salvar el patrimonio cultural y natural de Tindaya no hacen falta operaciones turístico-culturales grandiosas, sino exclusivamente terminar con las agresiones a que se ha sometido a la montaña. Porque no es cierto que: "Mientras ésta fue excavada, con fines comerciales, pocos aludieron a ese carácter mitológico de Tindaya", como se escribe en el diario El País. Más cierto parece que para algunos lo que no figura en los medios de comunicación no existe. Aunque cueste creerlo, no consideramos inevitable el destrozo de Tindaya, ni antes ni ahora. Existen otros caminos para preservar un territorio que el buscar un salvador famoso.

"Algunos piensan que la cultura únicamente se produce cuando se da la participación de alguien perteneciente a ese grupo que denominan intelectuales"

El territorio de la polémica

Parece que hoy en día no existe grupo social que esté exento de una buena dosis de corporativismo, y ese que se ha venido en denominar los intelectuales no es una excepción. Al toque de defensa de la cultura, han salido a la palestra; algunos pasados de revoluciones ante la grandeza de la empresa: "No sé si el término terrorismo de la cultura es válido. Intentar dinamitar, aunque sea con palabras, un proyecto como el Monumento a la Tolerancia, sin si siquiera conocerlo, a mí me parece puro terrorismo". Pues no, ciertamente el término terrorismo de la cultura no es válido para ninguno de los que mediamos en esta discusión, y mucho menos hablando de monumentos a la tolerancia. No deja de ser curioso que seamos incultos (lo del terrorismo mejor lo olvidamos) los que mantenemos que para preservar los valores culturales y naturales de Tindaya es mejor no vaciarla ni convertirla en un centro turístico. Quizás es que existan dos claros raseros a la hora de medir qué

es cultura, y algunos piensan que la cultura únicamente se produce cuando se da la participación de alguien perteneciente a ese grupo que denominan intelectuales. Es seguro que no se pretende, pero para que a un grupo no le acusen de corporativismo no conviene dar la sensación de que se tiene el monopolio de la cultura, o que sólo sea cultura lo que al grupo en cuestión interesa.

Dentro de este territorio de la polémica la acusación capital es la de pronunciarse sin conocer previamente el proyecto de Eduardo Chillida. Es más, como dice el escultor: “es una polémica sin sentido porque sólo el ingeniero Antonio Fernández Ordóñez y yo sabemos cómo es el proyecto. Ninguno de los que critican tienen elementos suficientes como para emitir un juicio”. En primer lugar, como ya hemos dicho, la cuestión no es la bondad o no de la intervención de Chillida, sino la idea de que para preservar los múltiples y diversos valores que Tindaya atesora, lo mejor es no tocarla. En segundo lugar, uno se queda de piedra, de pura traquita, enterándose de que sin conocer ni siquiera un boceto hallamos puesto ya mil millones de pesetas. Como luego no les guste, la que hemos armado. Realmente el artista debería estar encantado ante semejante confianza, que alguno podría calificar de auténtica temeridad. Aunque podría ser que por un artista todo sea poco y el escultor vasco lo sepa; en este caso a los que dudamos no puede extrañarnos que nos griten: ¡anatema!

Recursos para el territorio

Uno de los componentes importantes de una postura ecologista, en cualquier terreno, es la austeridad. Es necesario considerar el despilfarro como una actitud a combatir. Con relación a los recursos empleados en cualquier proyecto hace falta preguntarse si la relación entre lo invertido y lo que se consigue se acerca lo más posible a la óptima. En este caso la pregunta es: ¿qué se puede conseguir en el terreno de la cultura con tres mil millones en Fuerteventura? Tratemos de imaginar la infraestructura cultural que con este dinero se podría montar en la isla: auditorio-teatro, salas de exposiciones, bibliotecas, conservatorio de música, salas cinematográficas, acondicionamiento de los yacimientos arqueológicos, y un largo etc. Hay que darle muchas vueltas para invertir tres mil millones. Lo que es seguro es que la isla quedaría maravillosamente equipada en el aspecto cultural para muchos años; un auténtico sueño. Evidentemente cuando hablamos de inversiones culturales no pensamos en la rentabilidad del mercado, pero sí en cuales son las auténticas necesidades de la población en este mate-

"Sin conocer ni siquiera un boceto hemos puesto y mil millones. Como luego no les guste, la que hemos armado"

ria y el dinero que se puede obtener para satisfacerlas. Un proyecto cultural, aunque participe un artista famoso, necesita tener en cuenta este tipo de criterios. Tan sólo es bueno el proyecto que consume los recursos imprescindibles.

Es probable, de todas formas, que cuando más enfrascados estemos en hablar de cultura, alguien explique que aquí no se trata de cultura. Quizás deberíamos hablar del negocio de la traquita, de un centro turístico adornado por un famoso artista y algunos lios político-empresariales anejos. En este hipotético escenario, que en absoluto es ciencia ficción, puede darse la situación de que veamos a algún integrante de la tribu de los intelectuales metido a promotor turístico o dedicado al embellecimiento de cafeterías. Ahora bien, es seguro que si nos encontramos en esa situación, nos obliguen a reconocer que la promoción turística y la decoración de cafeterías se han convertido en el arte del siglo XXI, y tendrán razón, ya verán como nos lo cuentan nuestros nunca bien ponderados medios de comunicación de masas.

Tampoco desde el punto de vista de los recursos el proyecto de convertir Tindaya en la pirámide de Eduardo Chillida, para que pueda horadar en ella una cámara mortuoria, parece en absoluto razonable. Todo esto no quiere decir que nos mostremos en contra de la intervención en Fuerteventura de un artista de la talla de Chillida. Pero se trata de utilizar una cantidad razonable de recursos e intervenir en un lugar donde no sufran ni sean humillados los valores naturales, culturales y patrimoniales de los majoreros. No nos parece que pidamos cosas tan extrañas como para que nos llamen terroristas culturales. El patrimonio cultural de un territorio está por encima de cualquier nueva aportación que se le pueda ocurrir a cualquier artista, por muy grande que sea. Es por ello que, aunque parezcamos pesados, queremos terminar este texto repitiendo que la cuestión fundamental no es si el proyecto para la intervención en Tindaya es bueno o malo, sino que lo importante es salvar Tindaya de cualquier proyecto que no garantice su perfecta conservación.

*"Tan sólo es
bueno el
proyecto que
consume los
recursos
imprescindibles"*